



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 21.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Los dos caminos, por Mme. Bourdon.—**Á Dios**, poesia, por Luisa.—**Una herencia de llanto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La Cruz**, soneto por D. A. Almendros Aguilar.—**Solo un Dios y solo un culto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Seccion para los niños**: **La Virgen del Lago**, por id.

LOS DOS CAMINOS.

I.

En un mismo dia, y casi á la misma hora, nacieron dos niñas. Al verlas parecian hermanas; y era de notar la semejanza que habia entre sus caritas pálidas, algo sonrosadas, sus ojos negros apenas abiertos, sus boquitas fruncidas como cintas de púrpura, y sus manecitas gordas y redondeadas que se agitaban cual si quisieran reconocer el mundo á que venian.

Sin embargo, las dos niñas no se asemejaban en todo: una de ellas era la sexta hija de un pobre jardinero llamado Juan Filiberto; la otra era hija del conde de Vauvres, y su nacimiento, por mucho tiempo esperado, colmaba de alegría á su familia, que habitaba un vasto castillo cuyas

torres feudales parecian proteger la pequeña casita que ocupaban Juan Filiberto y su dilatada familia.

Habiendo sabido la jóven madre que una niña acababa de nacer en la casa de su pobre vecino, rogó á su marido que fuese su padrino de bautismo.

Compasiva y piadosa, consideraba como el mejor medio de manifestar su alegría, prodigar por todas partes la caridad, y hacer así al cielo cómplice de sus esperanzas.

En el mismo día las dos niñas fueron bautizadas con el nombre de Ana-María, y cuando la pequenita Ana Filiberto regresó á su casa, remitieron del castillo el regalo del padrino, que consistia en un precioso canastillo de ropa para la niña, y vino y provisiones para la familia.

La infancia de las dos niñas correspondió á este primer dia. Educáronse juntas, aunque no de la misma manera, y se veían siempre en los mismos lugares. Ana rebosaba de júbilo cuando iba á casa del jardinero á jugar en la pequeña huerta que habia detrás de la casita, y correteaba por entre las colmenas, donde entraban y salían las activas, zumbonas y solícitas abejas, ó daba de comer á las gallinas y palomas, llevaba

manojos de yerba á la cabra, y procuraba cojer cangrejos en la rápida corriente del arroyo que circundaba la casita de Filiberto. Esta vida rústica, estas tareas campestres divertían mucho á la niña, y prefería el vasto horizonte que descubría por encima de la valla del jardinito, á las hermosas alamedas y risueñas perspectivas del parque de su padre. Pero también llevaba en pos de sí al castillo á la pequeña Nancy, nombre familiar que habían dado á su compañera, y jugaban juntas sobre el aterciopelado césped á orillas de los estanques ó en los pintorescos kioscos que embellecían el aristocrático castillo. ¡Cómo se alegraban cuando iban á ver los faisanes y daban de comer á las ciervas domésticas, que acudían al ver á las niñas, y alargaban sus finas cabezas con su mirar penetrante y dulce, y se asustaban un poco al ver nadar á los cisnes con aspecto amenazador y orgulloso!

¡Oh, qué días tan hermosos! La condesa de Vanvres aprobaba la íntima amistad de estas niñas, cuyas cunas Dios había reunido y separado á la vez. Aun hizo más. Débil y enferma, se propuso dar todos los días á Ana y á Nancy una lección de lectura y religión: sentábase en un gran sillón á causa de su poca salud, y las niñas decían alternativamente la lección, y se acercaban para oír los pasajes de la Historia sagrada, que les refería con fé y claras palabras. Bien pronto se apercibió que no era igual la inteligencia de sus discípulas: Ana tenía un talento dócil y profundo, que se asimilaba pronto el alimento intelectual; Nancy comprendía con sumo trabajo el arte difícil de la lectura. Se equivocaba muchas veces, confundía vocales y consonantes, y con sumo trabajo conseguía unir dos sílabas.

Convencida la niña de su inferioridad, decía á la condesa:

—Madrina: mejor quisiera batir manteca ó escardar el jardín, que estar viendo siempre esas letras negras: ¡es tan difícil aprenderlas!

—Cuando sepas leer, Nancy, podrás rogar mejor á Dios, y te daré un bonito devocionario.

—¡Oh! entonces, quiero aprender.... vamos, voy otra vez á deletrear.

Y volvía á empezar de nuevo su penoso trabajo; pero así que la señora de Vanvres refería una historia de los patriarcas ó de los profetas, hablaba de los santos amigos de Dios, y sobre todo del Niño Jesús y de su Santísima Madre, enseñándola la tierna égloga del Pesebre ó el drama interesante del Calvario, redoblaba su atención; sus ojos se humedecían, comprendía con el corazón, y podía exclamar como aquel anciano labrador, que á pesar de estar atento, no com-

prendía el sermón sabio é ilustrado de su obispo:

—¡El alma entiende!

Ana también se complacía con las historias bíblicas, tan interesantes á los jóvenes, pero no se entusiasmaba como su compañera; y con talento superior á Nancy, no lloraba como la paisanita, cuando la contaban la fé y obediencia de Abrahán ó Isaac, la bondad fraternal de José, la magnanimidad de Moisés, el amigo de Dios, la piedad del joven Samuel, el cariño filial de Ruth, el sublime arrepentimiento de David, el heroísmo de los Macabeos, la fortaleza de los mártires, la soledad y oración de los anacoretas y el sacrificio de las vírgenes consagradas al Señor. Esta niña no podía expresar lo que sentía, cuando su corazón rebosaba en amor á Dios, en deseos de servirle, y en santa envidia á los que tanto habían hecho por el buen Maestro: los hechos evangélicos llenaban su imaginación de personajes celestiales, y se ocupaba en estos pensamientos, aun cuando apacentaba las cabras de su padre, ó paseándose junto á las vallas de Vonvray, no lejos de las orillas del bello y pintoresco Loire, hilaba su ruceta como las santas pastoras Jenoveva y Juana de Arco.

Ana, mas adelantada y espiritual, en vez de complacerse en los pensamientos uniformes que se proponen un solo objeto, como Dios, sus misterios y su ley, leía mucho y se apasionaba por los personajes famosos de la historia, que caracterizan su época y representan ante los hombres la grandeza, la gloria y algunas veces la virtud. La agradaba cuanto había brillado en el teatro del mundo, y contaba á su amiguita las hazañas de los héroes que admiraba su juvenil imaginación.

Pero Nancy no la comprendía, y extrañaba que se hiciesen tantos esfuerzos por dominar en Atenas, Roma ó París; que se encomiase mucho el talento de haber compuesto hermosos versos (¿sabía acaso lo que eran versos?) y cuando Ana concluía uno de sus relatos históricos, la decía ingenuamente:

—¿Y qué han hecho todos estos grandes personajes por nuestro Dios?

Sin embargo, un día se alegró mucho oyendo la historia de Godofredo de Bouillon, y tuvo por santo al guerrero, que no quiso ceñirse la corona régia en el lugar donde el Salvador llevó la de espinas.

Así trascurrió la infancia de Ana y Nancy; aproximábase el día de su primera comunión, y las dos se dispusieron con sencillez y candor, aunque la fé de Nancy era mas viva que antes, y su alma rebosaba en fervor durante los ejercicios que hacían las dos niñas con la señora de Vanvres.

—¡Yo recibir á Dios! decia muchas veces: ¡una pobre aldeana! ¡Señor! ¿es posible?

Ana tenia fé; pero esta virtud íntima tan sobresaliente en Nancy, no la conmovía interiormente; los ejercicios la parecían pesados y fastidiosos; la contrariaba mucho que el Catecismo interrumpiese los otros estudios, y consideraba la primera comunión como un deber religioso y y de buena educacion que era bueno practicar; Nancy veía en tan hermoso día el don mas excelente de la vida. Algunas veces, ante su alegría y piedad, decia suspirando la señora de Vanvres:

—¡Dichosos los que llevan desde su juventud el yugo del Señor!

Y miraba con inquietud á su hija, y exclamaba mentalmente:

—¡Dios mio, que sea vuestra!

El gran día llegó. Arrodilladas junto al altar las dos jóvenes, recibieron la Hostia divina, prenda misteriosa del amor de Dios al mundo. Ana se conmovió y sintió aquella emocion interior que experimentan siempre las almas inocentes, cuando Dios llama á la puerta de sus corazones; pero al ver la actitud y el llanto de Nancy, se adivinaba fácilmente que algo indecible pasaba en su interior. No podría tampoco expresarlo, y faltábanle palabras é imágenes para traducir su emocion, porque sus facultades, como en el niño de Clotilde de Surville, aun estaban sin desarrollarse:

De los hilos del pensamiento
la madeja no estaba débanada.

Y si la hubiesen preguntado qué sentía y qué deseaba, solo hubiera dicho:

—«Amo á mi Dios y quiero servirle,» palabras que resumían todos sus deseos y afectos.

La condesa de Vanvres asistió á esta interesante ceremonia de la primera comunión, que tanto anheló ver; pero fué el último acto público de su vida, que iba extinguiéndose lentamente. Sufrió con paciencia y resignacion angelical las fases de una penosa enfermedad, cuyo fatal término estaba previsto, y agobiada de dolores solo se ocupaba de los que amaba.

Su hija, á quien tanto quería, la preocupaba completamente: buscábala con la vista, y una leve sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando su querida Ana procuraba aliviar sus padecimientos; la llamaba, no bien se despertaba, y cuando rezaba, que lo hacia siempre, la pobre madre moribunda, mas pensaba en su hija que en sí misma. Á estas demostraciones de cariño uníase alguna inquietud; la señora de Vanvres recelaba que el corazón de su hija, tan bueno y filial con ella, no fuese un corazón cristia-

no, porque nada veía de la fé, de la sumision y de la humildad de las almas escogidas; y esta doble vista de las madres, perturbaba la tranquilidad de su muerte. Pero confiaba mucho en Dios; se sometía al divino Maestro como un niño á su padre, y con la confianza de los santos, intercedía y oraba por su hija.

Lo que no puede el hombre, Dios lo puede y lo quiere, porque quiere que todos se salven.

Pasó el verano entre alternativas de temor y de esperanza, y en el otoño empezaron á declinar los días de la condesa, como declina en el horizonte un sol pálido, y caen sobre la tierra las hojas secas. Agravóse su estado el día de Todos Santos, y oyendo la voz misteriosa que la convidaba á las bodas eternas, preparóse tranquilamente á la muerte.

Confesó al sacerdote sus faltas, muchas veces lavadas con lágrimas de sincero arrepentimiento; recibió como viático al Dios que habia sido con frecuencia el huésped de su alma y desde su juventud el compañero de su peregrinacion, el amigo supremo de sus mejores y peores días; el óleo santo purificó sus miembros, dispuso algunas limosnas, y despues de despedirse de su infortunado esposo, hizo llamar á Ana, que cayó de rodillas sollozando.

—Amada niña, dijo la condesa con voz débil y lentamente; voy á dejarte.... Me llama nuestro Padre, que está en los cielos.... Allí nos volveremos á ver, Ana, y para siempre.... Prométeme, hija mia, prométeme no olvidarte de Dios, que un día nos reunirá otra vez.... Acuérdate de lo que te enseñó tu madre..... Mira.... me muero y todo lo dejo.... pero la cruz de Jesucristo me consuela en estos momentos tan penosos para la naturaleza.... ¡Oh! ¡no la dejes nunca! apóyate en ella.... ¡Hija mia, sé cristiana!.... ¿me lo prometes?

—¡Sí, sí, mamá; pero V. no morirá!

—Que el cielo te bendiga como yo lo hago, hija mia, y que oiga tu promesa.... ¡Dios mio! os la doy....

No pudo concluir, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, ya marcadas con el sello de la muerte. Interrumpían el silencio de la habitacion los sollozos del conde y de Ana, á los que se agregó otra voz.

Era la de Nancy, que vino á postrarse ante el lecho de la moribunda, diciendo:

—¡Madrina, madrina! se va V. al cielo.... ¡oh! ruegue V. á Dios por mí....

—Sí, sí, respondió la condesa con voz apenas inteligible, por Ana.... por todos....

Y al decir estas palabras, juntó las manos y espiró tranquilamente. Las campanas propaga-

ron la noticia de su muerte de aldea en aldea,
resonando su fúnebre tañido sobre las orillas del
Loire y los áridos cerros de Vonvray.

(Continuará.)

Á DIOS.

En primoroso velo
De rosa y oro
Guarda la esbelta nube
Un «¡yo te adoro!»
Es el suspiro
Que la flor de mi alma
Por Tí ha vertido.

La tortolilla al darte
Su dulce arrullo,
Le perfuma en la esencia
De los capullos.

Yo á Tí, Dios mio,
De la aurora en el manto
Mi amor te envío.

Si la fuente murmura
Tu voz bendice,
Si arrulla la paloma
Tu nombre dice.
Y hasta la luna
Postra á tus piés amante
Su blanca cupa.

¡Bendito Tú que mueves
Los corazones,
Y de su seno arrancas
Dulces canciones!
Por Tí mi lira
De placer se extremece,
De amor suspira.

¡Bendito Tú que tienes
Castas esposas,
Que en darte se complacen
Lirios y rosas;

Y allá en el coro
Te dicen suspirando:
¡Cuánto te adoro!

¡Bendito Tú que alivias
¡Ay! mis dolores,
Entre las brisas tibias
De blancas flores....

¡Quién fuera rosa
Para ser, Jesus mio,
Tambien tu esposa!

¡Quién tuviera en el alma
La dicha inmensa
De darte á Tí la palma
De la pureza!
Y en dulce ensueño
¡Quién pudiera llamarte
Esposo y dueño!

Luisa.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

«Y parecia que aquel hombre adivinaba mis pensamientos, pues alguna vez, y como respondiendo á la resolucion que yo formaba de contárselo todo á Arturo, solia tambien leer junto á la palabra «os amo,» «si hablais de este amor á vuestro esposo, indudablemente me pedirá una satisfaccion, y un duelo terminará esta querrela.»

«¡Ay! aquello era una horrible verdad, y yo temblaba que aquel desafio pudiera llevarse á cabo, porque en él podia perder á tu padre.

«Este tuvo que hacer un nuevo viaje, y yo me aterré ante la idea de quedarme sola.

«Sin embargo, resolví no salir de casa durante su ausencia, y me tranquilicé.

«Partió Arturo: iba á poner en juego las últimas influencias para terminar á su favor el pleito, que ya estaba próximo á ganar.

«Esto quizá movió á su enemigo á acelerar su venganza, porque sin duda la venganza era lo que le inspiraba aquella especie de persecucion contra mí; intentaba desgarrar acaso el corazon de su enemigo, derramando en él la hiel de los celos, ya que no habia podido humillarle ni vencerle!

«Para esto hizo, sin duda, el postrer esfuerzo.

«Yo solo habia dejado junto á mí á aquellos de mis criados que me inspiraban mayor confianza, y á uno, sobre todo, á un antiguo servidor de mi padre, que jamás se habia separado de mi lado y cuyo nombre era Andrés.

«Una tarde me encontraba sola en nuestro jardin, único paseo que me atrevia á dar; tú te hallabas distante, corriendo con tu lebrél por el parque; solo Arabela estaba junto á mí.

«Con ella sobre las rodillas y sentada en un banco de césped, pensaba en mi esposo, pensaba en la dicha de volverle á ver, y contaba el tiempo que aun debia durar su ausencia, cuando el crujido de unos pasos sobre la arena me hizo volver la cabeza y dar un ahogado grito.

»Avendaño estaba allí, á mi lado, contemplándome con aquella expresion que me causaba tanto horror.

—¿Qué es esto? le pregunté poniéndome de pié con rapidéz, ¿qué es esto? ¿desde cuándo los que se llaman caballeros, penetran á viva fuerza y como salteadores en la casa donde se les niega la entrada?

—»Desde que una pasion ardiente, mas fuerte que su voluntad, enloquece su razon.

—»Salid, grité con espanto; salid de aquí: vuestra presencia me horroriza.

—»Mamá, mamá, que echende aquí á ese hombre! gritó Arabela ocultándose entre mi falda; sus ojos me dan miedo.

—»¡Oh! exclamó él fijándose en la niña; tan hermosa como tu madre; pero tan altiva como ella.

—»Acabemos, murmuré yo: vuestras palabras son un insulto á la mujer que lleva el nombre de condesa de Fuensanta.

—»Una pasion como la que esa mujer ha sabido inspirar, lo avasalla todo, todo lo arrastra.

—»¡Oh! esto es demasiado; por última vez os mando que salgais.

—»Dadme á lo menos una esperanza, un recuerdo.... algo que os haya pertenecido.

—»Yo!....

—»Esa sortija que llevais y que yo guardaré como....

—»¡Mi anillo de desposada!

—»Mamá, mamá, volvió á decir Arabela; ese hombre quiere robar tu sortija! dásela y que se vaya; dásela, papá tiene otra igual y podrá dártela á tí.

—»¡Me crees un ladron! murmuró él acercándose con violencia á mi hija.

»Yo dí un agudo grito, exclamando con todas mis fuerzas.

—»¡Andrés! ¡Andrés! ¡socorro!

»Avendaño pensó que nadie acudiría á mi voz, porque permaneció impasible.

»Sin embargo, mi fiel servidor acudió á mi llamamiento.

—»¡Socorro, Andrés! repetí al verle aparecer.

—»¡Oh! aquel miserable me ha engañado al asegurarme que estaba sola; dijo D. Diego, ocultándose el rostro con el embozo de su capa.

—»¿Qué es esto? ¿qué sucede? preguntó el anciano criado, mirando fijamente á mi perseguidor.

—»¡Haz salir de aquí á ese hombre! exclamé con afán; hazle salir y que no vuelva nunca, nunca.

—»Sí, dijo la niña; ha querido robar á mamá; ¡echarle de aquí!

»Andrés buscó un arma con la vista, pero antes de que pudiera hallarla, aquel hombre huyó exclamando al salir:

—»Juro que me vengaré del ultraje que acabo de recibir: sí, me vengaré en todo cuanto ameis, en todo!

»Estas fueron las últimas palabras que escuché de sus labios.

»¡Ay! su amenaza no tardó en cumplirse.

»Mi Arturo volvió.

»Volvió lleno de alegría: su triunfo era completo.

»Los jueces habian fallado el pleito en favor nuestro: la justicia habia estado de nuestra parte, y la humillacion de nuestro contrario no pudo ser mayor.

»Tu padre tuvo momentos de verdadera felicidad al saborear aquel triunfo que celebró con inmenso regocijo.

»Bailes, fiestas, giras campestres, todo se agotó en aquellos dias.

»Acaso esto exasperó mas el rencor de Avendaño y le hizo llegar á su colmo.

»En apariencia, sin embargo, se resignó con aquel revés de la suerte, y en el pais se cundió la voz de que habia dejado por algun tiempo nuestras montañas de Aragon, evitando así nuevos conflictos.

»Esto me volvió la calma, mucho mas cuando no volví á encontrarle en parte alguna.

»Pero ¡ay! un dia salió tu padre de caza con algunos de sus amigos, y fuese casualidad, fuese, por parte de tu padre, querer hacer alarde de sus derechos, se encaminaron todos al sitio tan encarnizadamente disputado.

»Entre los accidentes de la partida, se dispersaron monteros y ojeadores, separándose al par todos nuestros convidados.

»Mi esposo quedó solo y alejado de los demás.

(CONTINUARÁ)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CRUZ.

Muere Jesus del Gólgota en la cumbre con amor perdonando al que le heria, siente deshecho el corazon María del dolor en la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre cumplida ya la santa profecía, tiembla la tierra, el luminar del dia cegando á tal horror, pierde la lumbré.

Se abren las tumbas, se desgarran el velo; y á impulso del amor grande y fecundo

parece está la Cruz, signo de duelo,
Cerrando augusta con el pié el profundo,
con la escelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando el mundo.

A. Almendros Aguilar.

Jaen.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuación).

»Héctor guardó silencio por algun tiempo, y permaneció con la frente oculta entre sus manos, sin poder dominar su emoción.

»Pasados algunos instantes levantó la cabeza, enjugó el sudor que corría por su frente, y continuó su terrible relato.

—»Aquel cuerpo sin vida cayó al suelo sin que yo tuviera ya fuerza para sujetarle. Williams, sereno y siniestro como siempre, me miró un instante y me dijo con frialdad:

—»Has dado la muerte á ese hombre.

—»¡Oh! sí, exclamé fuera de mí; mas ¿cómo ha sido esto?

»Una sonrisa extraña plegó los labios de Wamprey, pero nada contestó.

—»¡Cómo ha sido esto! ¿cómo ha sido esto! repetía yo; y van á venir, van á encontrar aquí á ese cadáver, y estoy perdido, estoy perdido para siempre!

—»Afortunadamente, quizá tendremos tiempo, dijo Wamprey con voz pausada; estamos solos, la puerta está cerrada, y tal vez el trastorno que hay en la calle no les dejará tiempo de pensar en entrar aquí; démonos prisa y aun puede remediarse todo: por suerte nuestra, ninguno de los que salían pudo ver al que quedaba dentro.

»Y Williams, rápido como el pensamiento, se acercó á Julio, le miró fijamente y murmuró con lentitud:

—»Está muerto, no hay duda; lo que importa es buscar el medio de sacarle de aquí.

»Reflexionó y luego dijo:

—»Has hecho un grave mal que puede traer fatales consecuencias, no solo para tí sino también para nuestra causa, y es forzoso que tengas valor para que remedemos entre los dos el mal que has hecho tú solo; sí... tú solo.

—»¿Y qué es preciso efectuar?

—»Sobre todo, es necesario dejar pasar algun tiempo, esperar á que la gente se aleje, que la calle esté sola y luego...

—»Luego...

—»El mar está próximo y el mar es una excelente tumba.

—»Pero si mientras vienen...!

—»Algo se ha de fiar á la casualidad; ya creo que el tumulto va cesando, y si esto es así, la calle en breve quedará sola.

—»Sí.

—»Espera, me ocurre una idea, yo voy á salir, aguardame aquí; si tratasen de entrar, lo evitaré, pues mi presencia bastará á mostrar que nadie queda en la capilla; luego yo mismo volveré, y entre ambos...

—»¡Y habré de quedarme aquí! pregunté con espanto.

—»Es forzoso, me replicó; solo de este modo tendremos alguna probabilidad de salvarte.

»Y sin aguardar mi respuesta se aproximó á la entrada, prestó atento oído, y al ver que ningun rumor se escuchaba por la parte de afuera, descorrió los cerrojos lentamente, y sin hacer ruido abrió, diciéndome al salir:

—»Cierra de nuevo tú, apaga la luz para que no se distinga claridad alguna, y no abras hasta que yo dé tres golpes quedos, con un intervalo de algunos segundos cada uno.

»Á mi pesar tuve que obedecer, y permanecí allí por un tiempo indeterminado.

»Nadie, nadie podrá saber la agonía de aquellas horas, pasadas en la soledad y en las tinieblas, con el cadáver de un hombre á quien se ha arrebatado la vida.

»Mi cabello se erizaba sobre las sienes, mi corazón latía con violencia á cada gemido del viento, á cada rumor que en el silencio que me rodeaba llegaba hasta mí.

»La fiebre empezaba á invadir mi cerebro, y un temblor convulsivo agitaba todo mi ser.

»No sé cuanto tiempo pasé así: debió ser mucho, mucho, segun lo que en él sufrí.

»Replegado en el dintel de la puerta, prestaba la mayor atención á todos los pasos, á todos los sonidos que podía percibir.

»La noche era ya muy avanzada sin duda, pues ni el mas ligero rumor se percibía desde el sitio en que me encontraba.

»Al cabo sentí unas pisadas que se acercaban muy lentamente, y los tres golpes dados en la forma que me había dicho Williams, me probaron que él estaba allí.

»Abrí con indecible afán, con el afán del ciego que vislumbra un rayo de luz.

»Era Wamprey, no me había engañado.

—»Mas quedo! dijo al notar mi agitación; mas quedo! pudieran sentir....

»Entró en la capilla, cerrando de nuevo por dentro.

«Traia una linterna sorda cuya luz dejó ver, y murmuró con voz recatada:

—«Todo ha salido bien: nuestros agresores, huyendo por unos lados y nuestros compañeros por otros, para evitar el encuentro de la justicia, han llamado hácia otro punto la atención de ésta, y la han hecho alejarse de aquí.

—«¡Ah! y no sospechan....

—«Nada por ahora: además, harto tienen que hacer con castigar á los que han preso.

—«Pues ¿qué ha pasado?

—«De la lucha empeñada aquí, han resultado algunos heridos de mas ó menos gravedad.

—«¿Es posible?

—«No solo posible sino tristemente cierto.

—«¡Ah!

—«Y no será esta la última asonada que presenciemos; esos ignorantes no cederán nunca del odio que les inspiramos, bien se vé; y estoy cierto que volverán á interrumpirnos, y que será preciso estar siempre defendiéndonos y siempre acometidos.

—«Pero esta noche....

—«Esta noche corrió la justicia en pos de los que corrian, y perseguidos y perseguidores se alejaron buen trecho de estos sitios, que es lo que nos convenia; así, pues, y aprovechando esta inconcebible casualidad, vamos á borrar todas las huellas de este suceso: en primer lugar saquemos de aquí á ese hombre antes que amanezca

—«¿Y cómo? pregunté azorado.

—«Envuélvele en su capa, haciendo de él un fardo, que llevarás con facilidad.

—«Pero....

—«Yo iré delante; como te dije antes, la playa está cerca, y nos será fácil llegar sin haber encontrado á nadie.

—«¡Oh! tocar yo á ese cadáver! no puedo, no puedo, dije con terror.

—«Es preciso, respondió Williams con frialdad; es preciso: si nó mañana sabrian todos quién habia sido su asesino, y tu pobre madre moriría de pesar al verte subir á un cadalso.

«Estas frases me hicieron comprender lo crítico de mi situacion, y sin responder una sola palabra y tambaleándome como un hombre ebrio, me dirigí al sitio en que Julio yacia tendido en tierra.

—«Antes de envolverle en su capa, creo que debemos ver si tiene algunos papeles que pudieran dar algun norte.... mira ahí en ese bolsillo, creo que tiene una cartera: sácala y veremos.... no vaciles, ningun mal le hacemos ya en ello.

—«¡Despojarle! murmuré estremecido.

—«Nada de eso: déjale el oro y las alhajas, sería infame el intentar.... pero yo solo deseo que quites de enmedio esos papeles.

«Obedecí maquinalmente, y puse la cartera de Julio sobre el pavimento.

«Después le envolví con una precipitación febril entre los pliegues de su capa, y alzándole sobre mis hombros,

—«Vamos, dije á Williams con voz insegura.

—«¡Oh! iré delante, y si viese alguna persona que pueda descubrirnos cambiaríamos de dirección: ahora nos deslizaremos por la calle que dá frente á nosotros, y que desemboca en una de las avenidas del muelle: una vez allí nos será fácil seguir adelante y alejarnos enteramente. La noche está oscura, y yendo de prisa es cosa apenas de media hora. Vamos, me comprometo por tí, no lo olvides, pues nadie haría lo que hago ahora.

«Mi cabeza estaba tan trastornada, mis ideas tan confundidas, que nada contesté; obedecí como una máquina, y me resigné á hacer cuanto Williams me dijo: bien es verdad que en mi situación no me quedaba otro medio de salvación.

«Por una de esas casualidades extrañas en la vida, todo salió segun Wamprey habia dicho.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

LA VIRGEN DEL LAGO.

(Continuacion).

Su padre la cubrió de preciosas joyas, la quiso cercar de lujo y ostentacion, la dió magníficos ídolos de oro y plata para que la sirviesen de amuleto; pero ella se despojó de las joyas, renunció á los placeres y á la ostentacion, y rompiendo en mil pedazos los ídolos, repartió entre los menesterosos el oro y la plata de que estaban formados.

Urbano supo todo esto por uno de sus servidores, y mandó llamar á la niña para hacerle un cargo por su conducta é interrogarla acerca de los motivos que la impelian á obrar así.

Cristina era demasiado sincera y demasiado inocente para mentir.

Confesó, pues, á las primeras preguntas de su padre que era cristiana, y que su religion, todo amor, todo mansedumbre y humildad, la ordenaba despreciar los bienes terrenos, y rechazar las

vanas creencias que la apartaban de su Dios.

La cólera de Urbano no tuvo límite.

Él, encargado por el emperador de aplastar bajo su pié los hijos de aquella nueva secta, calificada de insensata, rebelde y culpable, tener el mal tan cerca de sí, en su misma casa, en su propia hija!

Urbano creyó volverse loco de furor.

—¡Esto es un sueño! gritaba cruzando á largos pasos la estancia; esto es un sueño: mi hija, mi misma sangre contaminada con esa infame creencia: mi hija, mi misma sangre rebelde y enemiga del divino emperador. ¡Oh! yo castigaré su crimen: yo lavaré su culpa aunque fuera necesario arrancarle la vida que la di, y apagar el aliento que recibió de mí propio!

Y acercándose á la niña la ordenó que olvidara para siempre las lecciones de Marina, y sacrificase públicamente á los dioses del imperio, amenazándola, de no hacerlo así, con los castigos mas espantosos y aun con la muerte.

Cristina quedó muda y aterrada ante estas órdenes. Sus bellísimos ojos se fijaron en su padre con una tímida expresion de súplica, y cruzando las blancas manos sobre el inocente pecho,

—¡Oh! padre, padre mio, dijo; ten piedad de mí! yo te amo, yo te obedeceré en todo, mientras no me ordenes nada en contra de la ley de mi Redentor: tuya es mi vida, tómala; yo no me resisto á entregártela! pero mi alma es de Dios, no puedo mancharla con una sola culpa, y no la cometeré jamás!

Urbano, creyéndose ofendido con la firme negativa de su hija, alzó la mano y la descargó dos ó tres veces sobre la indefensa criatura.

La niña no se movió, no esquivó el golpe, ni exhaló una queja, aunque de su labio herido brotó un mar de roja sangre.

Solo una lágrima lenta y trasparente rodó por sus mejillas, asemejándose en ellas á una gota de rocío, caída sobre el cáliz de la aromada rosa.

Lejos de calmarse la ira y el enojo del gobernador de Toscana con aquella pasiva y humilde firmeza, se exasperó mas y mas, y sintió que en su pecho se extinguía ó se apagaba la dulcísima y pura llama del amor filial.

Es verdad que Urbano no amaba á aquella niña, que habia vivido lejos de su lado y privada de sus caricias.

En la imaginación de aquel hombre, que todo lo sacrificaba al brillo del favor imperial, se aglomeraron nubes mas y mas densas cada vez. ¿Quién le aseguraba que no habria algun envidioso que fuese á poner en conocimiento de Diosesiano la culpa de Cristina y la religion que

ésta profesaba? y entonces, ¿qué seria de su privanza, de su puesto, de sus honores? todo vendria á tierra, y ¡quién sabe si él mismo seria tachado de sospechoso ó de culpable!

Todos estos pensamientos, que se agolparon en su mente, le hicieron adoptar una pronta y terrible decision: ó Cristina abjuraba públicamente de sus creencias, ó públicamente la haria atormentar con todo el rigor y la barbarie de la ley, estando resuelto á no tener piedad de ella, y á sacrificar, si era preciso, su vida en aras de su orgullo y de su torpe ambicion.

Efectivamente la noticia de que Cristina era cristiana, se habia extendido con la rapidez del rayo por toda la ciudad, y algunos enemigos de su padre veian en ello una ocasion de malquistarle con el César.

Estos rumores llegaron á oídos de Urbano, que quiso ponerles un dique, castigando en presencia de muchas personas á aquella hija que tan enérgicamente resistia sus mandatos.

La niña, pues, fué colocada en medio del gran salon de honor de su palacio, y allí exhortada de nuevo para apartarse de la ley de Jesus.

Ella permaneció inalterable y firme en su fé, respondiendo á cuantas palabras la dirigian que solo existia un Dios, y que estaba dispuesta á dar su vida por amor suyo.

Estas respuestas exasperaron á Urbano, que la mandó azotar por sus criados, y desgarrar sus carnes con garfios de hierro.

Esta orden fué obedecida

La dulce y purísima Cristina, despojada de sus ropas hasta la mitad del cuerpo, sufrió sin murmurar aquel inmerecido castigo, quedando, á imágen de su Salvador, hecho su cuerpo un mar de sangre y cardenales.

Con los brazos extendidos hácia el cielo, blanca como la azucena y con el dorado cabello suelto en hondas de oro sobre la espalda, parecia un serafin próximo á volar á la region celestial, abandonando por su eterna patria esta triste patria de un dia.

Algunos circunstantes temblaron aterrados y sintieron en su alma un movimiento de horror, al ver á aquel padre inhumano desgarrar sin piedad el cuerpo de su hija, y ensañarse en ella de tal modo.

Nadie se atrevia, sin embargo, á dirigirle una súplica ni un reproche, temblando á su vez ser objeto de su cólera.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.